

18° Domingo del Tiempo Ordinario

Cuando me gradué de la preparatoria, ya sentía un fuerte llamado de Dios para ser sacerdote. Nuestra diócesis tenía una escuela preparatoria de seminario en esos días, por lo que ya había pasado cuatro años con unos compañeros que también pensaban en el sacerdocio. Cuando llegó el momento de aplicar para la universidad, no había muchas opciones. Yo había visitado la Abadía de La Concepción uno o dos veces, y yo no estaba muy impresionado, así que estaba esperando que el obispo quisiera que yo me fuera a un seminario diferente para cursar la universidad. No lo hizo. Él quería que yo fuera a la Abadía de La Concepción. El día que me dio la noticia, me sentía vacío y decepcionado. Estaba convencido de que los próximos cuatro años iban a ser los más aburridos de toda mi vida. Otros me dijeron que no sería tan malo, pero yo estaba convencido de que sería horrible.

Yo no tenía mi propio coche, por lo que mis padres me llevaron a Concepción, pero tuvimos problemas con el coche en el camino. El coche se desbarató en la autopista I-29, cerca de la zona en la que el Aeropuerto Internacional de Kansas City todavía estaba en construcción. Un familiar de uno de mis compañeros de clase de San José, Missouri, tuvo que conducir a nosotros, y nos encontró en la carretera para llegarme al seminario en mi primer día de clases. Yo pensaba que las cosas sólo empeorarían.

Cuando llegamos, dos estudiantes mayores de Oklahoma y Nueva Jersey nos recibieron en el coche y me saludaron con la bienvenida más cálida que jamás había experimentado. A partir de entonces, mis cuatro años en el Seminario de Concepción fueron algunos de los más felices de mi vida. Continúan influyendo en mí como católico y como sacerdote. Yo estaba completamente equivocado sobre lo que necesitaba; pero Dios sabía que me daría.

Cuando Moisés sacó a los israelitas de la esclavitud y en medio de las aguas del Mar Rojo, la gente sintió un fuerte llamado de Dios a ser su pueblo. Hicieron este viaje porque Dios prometió que traería la felicidad. Pero en el camino, las cosas se desbarataron. Tenían hambre en el desierto. Pensaron en toda la comida que podían comer en Egipto. Olvidándose de la esclavitud terrible que sufrieron, se quejaron con Moisés y con Aarón sobre la vida en el desierto. Moisés le dijo a Dios acerca de la situación, y Dios le dio comida al pueblo. Capturaban codornices salvajes por las noches y por las mañanas encontraron una sustancia comestible en ciertas plantas. Lo llamaron “maná” que se podría traducir la expresión ingrata, “¿Qué es esto?” Era comida, pero no tan buena como la comida que dejaron en Egipto. Probablemente pensaron que era la peor cosa posible. Pero con este pan del cielo, Dios los sostuvo todo el camino hasta la tierra prometida. Ellos estaban equivocados sobre lo que necesitaban. Dios sabía lo que les había de dar.

Mis hermanos y hermanas, recibimos el pan del cielo en la eucaristía. Puede no parecer mucho. A veces podemos ir a otro lugar y obtener el tipo de alimentación equivocado: Nos juntamos con la gente equivocada. Nos involucramos en actividades inmorales. Perdemos demasiado tiempo. Dios constantemente nos ofrece los alimentos que necesitamos, pero a veces

18° Domingo del Tiempo Ordinario

queremos algo diferente. Incluso cuando obtenemos lo que Dios ofrece, nos quejamos. Creemos que sabemos mejor. Pero a veces conseguimos lo que no queríamos, y resulta ser lo mejor. Dios sabe lo que nos da. Si seguimos el llamado de Dios, vamos a recibir los alimentos que necesitamos.

SUNDAY, AUGUST 2, 2015